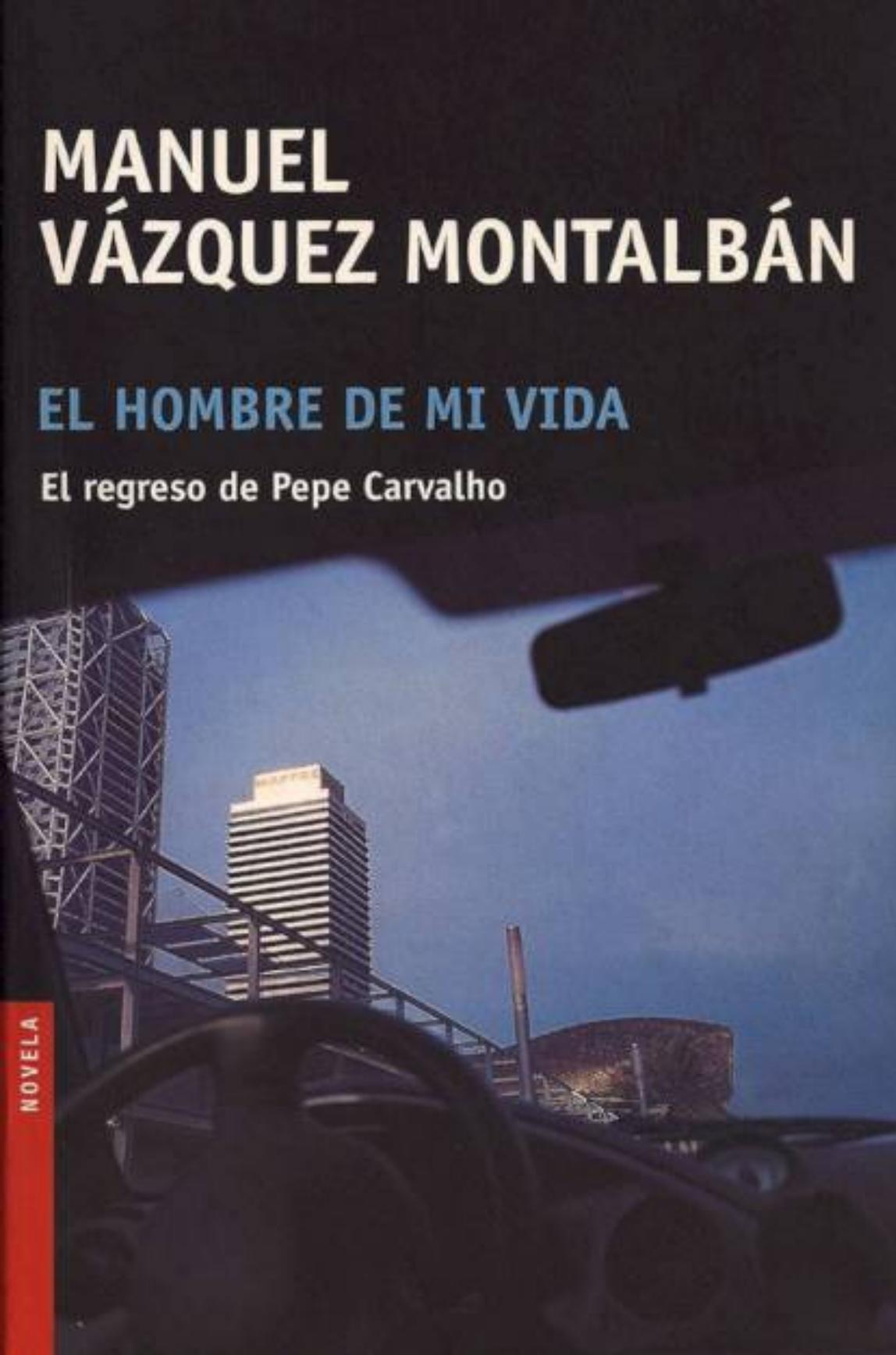


MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

EL HOMBRE DE MI VIDA

El regreso de Pepe Carvalho

NOVELA



A pocos meses del final del milenio, Carvalho vive una historia de amor, sectas, espionaje y muerte. Convocado para seguir un curso de espía y reclamado por una extraña mujer que le envía faxes, primero enigmáticos, luego enamorados, Carvalho convive con la sospecha de que ha sido elegido para una finalidad que no puede controlar. Bajo el peso del eterno diseñador del mundo, el poder del dinero, el detective hace suya la ansiedad de Beckett: «Esto no es moverse, esto es ser movido» y, por primera vez en su ya larga vida literaria asume su condición de instrumento para la tragedia.

Tres años después de sus andanzas en *Quinteto de Buenos Aires*, vuelve Carvalho. Y también vuelve Charo con la intención de orientar el futuro del detective.

Las situaciones de esta novela son exclusivamente literarias y la implicación de personajes de la política y de la cultura realmente existentes debe considerarse como préstamo del imaginario creado por los medios de comunicación.

*Padre nuestro que estás en los cielos
santificado sea tu nombre
venga tu reino
hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra
el pan nuestro sobresubstancial dánoslo hoy
y perdónanos nuestras deudas así como nosotros
perdonamos a nuestros deudores
y no nos dejes caer en la tentación
pero líbranos del mal
porque tuyo es el reino
el poder y la gloria*

Padrenuestro de los cátaros

Cuando Charo se echó a llorar, Carvalho se dio cuenta de que habían pasado siete años y probablemente ella no era la misma persona. La Charo de antes hubiera llorado vencida por las lágrimas, la Charo de ahora las interpretaba, las sentía pero las interpretaba en el marco de una dramaturgia previamente imaginada. El escenario era el de siempre, el despacho de Carvalho, Biscuter también era el mismo. Carvalho no se había permitido la más mínima automodificación en los últimos treinta años. Charo. Charo sí había cambiado. Aunque cuando se marchó en 1992 ya no era una muchacha, lo parecía, pero ahora podía pasar por una señora acomodada que regresa de una larga ausencia en la que cambió de estatus y de silueta. Algo más gruesa. No mucho más. Quizá el óvalo de la cara se había redondeado, tenía más mejillas que pómulos, menos ojeras, como si hubiera reposado siete años del cansancio de toda una puta vida, en su caso, nunca mejor dicho.

—Qué guapa está.

Declamó Biscuter que sí lloraba, como siempre, por los ojos y por la punta de la nariz. Ahora los dos contemplaban a Carvalho regalándole o demandándole una emocionalidad que no sentía. Necesitaba quedarse asolas con Charo para saber si realmente ansiaba aquel reencuentro. Recuperar un espacio para los dos por si acudían los actos reflejos del pasado y Charo volvía a ser necesaria. Pero le molestaba Biscuter como testigo y a la vez director escénico que le apuntaba el papel. Charo le señaló buscando la complicidad de Biscuter.

—Como si hubiera llegado una prima del pueblo.

—El jefe lo siente, pero es muy suyo.

Por un momento Carvalho pensó decir algo que ayudara a crear un clima de efemérides, bienvenida a casa, por ejemplo, pero fue rechazando fórmulas líricas y épicas y estuvo a punto de echarse a reír cuando se le ocurrió decir: desde estas paredes te contemplan siete años de soledad. Afortunadamente se contuvo y finalmente coordinó sonidos y silencios lo suficiente para decir:

—¿Cuándo regresas a Andorra?

Fue estupor lo que se intercambiaron las miradas de Charo y Biscuter.

—¡Me está echando!

Biscuter dio un manotazo en el aire como tratando de recoger las palabras para que las de Carvalho no llegaran a los oídos de Charo y viceversa. Pero ya era inútil. Ha sido un malentendido, pensó Carvalho, y debo aclararlo, pero le molestaba verse en la obligación de aclararlo y prefirió dar las gracias por algo.

—Gracias por el radiocasete que me enviaste hace unos años.

—En Andorra salen muy baratos.

Tenía que sacrificar a Biscuter para poder hablar con Charo.

—Necesito que vayas a la gestoría Fuster para que te den unos papeles que yo no puedo pasar a buscar.

El gozo volvió a las facciones de Biscuter, convencido de que a solas Carvalho y Charo volverían a encontrarse, y en dos minutos se despidió y se marchó, dejando en la mejilla izquierda de Charo un beso, succionador, de hocico más que de boca humana, y la mujer se puso en pie, se alisó la falda sobre los muslos y los dos hombres se prepararon para el mutis. Charo tomó el bolso y luego se encaró con Carvalho, fue a por él, le cogió por un brazo, lo atrajo hacia sí y le besó en los labios superficial pero húmeda, densa, ruidosamente. El beso había sonado. Hombre y mujer se miraban. El golpe de la puerta al cerrarse tras Biscu-

ter separó a la pareja, como si los dos cuerpos recelaran de permanecer tan juntos en soledad.

—¿Todavía me quieres?

Carvalho no contestó. Pensaba si alguna vez le había dicho a Charo: te quiero. No. Nunca se lo había dicho. Ella no respetó el silencio.

—Yo te sigo queriendo. Eres el hombre de mi vida.

Carvalho fue a por su sillón giratorio y se escondió en él mientras la mujer examinaba uno por uno todos los detalles de la habitación. Se le divirtieron los ojos cuando censó el fax en el inventario.

—Todo está igual, menos el fax. Te modernizas.

—Biscuter se moderniza. Yo no tengo por qué hacerlo. No creo en la modernización. Todo es siempre moderno. Hoy es un día más moderno que el de ayer. Mañana, no te digo. Te veo muy moderna, por cierto.

—¿Más que antes?

—No es cosa de referencias, insisto. Pero te veo muy moderna. Se puede ser moderna, como todo el mundo, muy moderna o modernísima, y no me pidas un ejemplo porque no se me ocurre. Estoy improvisando.

Se ha sentado Charo y narra siete años de su vida. Me fui arrastrándome, Pepe, porque tu encoñamiento con aquella francesa me reveló cuan poco te interesaba. En Andorra no tenía contactos, menos el de Quimet, un notario de Barcelona con residencia andorrana, y ya aquí, desde hace años, era mi cliente todos los días de San Esteban, cuando le cogía la modorra del segundo banquete de Navidad, pretextaba que le había llamado el presidente Pujol, dejaba a la familia y se venía conmigo. Un caballero. Mejor aún, una persona. No te rías por lo de Pujol. Quimet es muy catalanista y ya de adolescente subía montañas con el presidente de la Generalitat. Eran catalanistas, católicos y excursionistas. En Andorra me echó una mano y me consiguió un trabajo como recepcionista de hotel y para mí fue la hostia, Pepe, porque de la noche a la mañana trabajaba

en plan normal y ya no tenía que abrirme de piernas para comprarme Poison de Dior o para tomarme una tortilla a la francesa con mucho perejil. Luego Quimet me hizo socia en lo del hotel, pero ya en plan de medio *mestressa*^[1] y así fueron pasando los días, los años. Te envié un radiocasete. Algunas cartas, que tú no contestaste, como si gozaras con tu libertad, con haberte librado de mí. Pero Biscuter me animaba cuando hablábamos por teléfono: No te desanimas, que te quiere, Charo. Por lo visto, Biscuter y Charo se tuteaban, una modernización más. Ya apenas quedaba relato para desembocar en el presente. Carvalho levantó las cejas y quedó a la espera de las palabras, pero ella permaneció en silencio contemplándolo con progresivo, embarazante cariño.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

—Me envías una nota, te vas y no apareces durante siete años, lo lógico es que te pregunte: ¿Y bien?

—¿Leíste la nota?

Carvalho ha abierto un cajón. Sabe el lugar exacto donde guarda la nota y hace ademán de recuperarla pero se contiene.

—La leí.

—¿La conservas?

—No creo.

—Ya no tengo clientes. Quimet es un amigo. Un amigo importante, pero no es propiamente mi hombre. Solo tengo un hombre en mi vida y ese hombre eres tú. No tienes buen aspecto.

Había emitido su crítica con la voz más tierna que había encontrado y Carvalho creyó oír que hablaba del paso del tiempo, de que ya somos mayores, de que aunque tú no lo sepas yo ya he cumplido mis años, una plática que le incomodaba, que le retorció la columna vertebral y le empujaba a saltar del asiento, pero no quería volver a la frialdad de

los primeros minutos y escuchó pacientemente la reflexión filosófica de Charo sobre el paso del tiempo.

—Y un día le dije: Quimet, aquí estoy muy bien considerada y me gana la vida. Pero no puedo vivir sin Barcelona y sin mi Pepe, porque él sabe todo lo nuestro.

—En Andorra, ¿cómo podía cumplir el rito de San Esteban? No se puede dejar a la familia en la mesa e irse a Andorra.

—Ya no celebran el día de San Esteban porque se murieron los suegros, que eran muy viejecitos, los hijos han formado nuevas familias y Quimet y su mujer no se pueden ver ni en el ascensor.

—¿Se ha separado?

Charo necesitó toda la cabeza y mucho espacio para negar aquella posibilidad. No. El presidente Pujol le pidió, como un favor personal, que no diera ese escándalo político.

—Resumiendo, Pepe. He vuelto a Barcelona y Quimet me ha puesto un negocio.

—¿Un estanco?

Ahora Charo no quería enfadarse y se dedicó a desacreditar los negocios relacionados con el tabaco. Cada vez se fumará menos. Quimet ha trabajado en un plan catalán antitabaco que va a superar al de los norteamericanos. Tiene un lema precioso: *Som sis milions però cap fumador*^[2]. Pasó por alto la mujer que Carvalho escogiera el momento para encender un puro Hoyo de Monterrey que sacó casi encendido del cajón y recuperó los andares mientras sacaba del bolso una tarjeta de visita.

—Me ha puesto una *boutique* de dietética alimentaria y cosmética biótica. Mis señas. No rompas la tarjeta. He pensado en ti. Te haces viejo. No tienes porvenir, ni dinero suficiente para vivir el poco porvenir que te queda. Quimet puede ayudarte. Ya lo hemos hablado.

Ahora Charo, impetuosa y volcada sobre la mesa, le metió la lengua en la boca, como orientándose o reconociendo los recuperados rincones de la cavidad, y en sus ojos

había promesas cuando se retiró de espaldas hasta la puerta.

—Pepe, aún podemos ser felices y solucionar los problemas, tener donde caernos muertos.

—¿A ti te interesa dónde te vas a caer muerta?

—Me interesa el cómo y ahí interviene el pensar en el futuro.

—Pensar en la muerte no es precisamente pensar en el futuro.

—¿Cómo vas a envejecer tú, Pepiño? Yo me hice la misma pregunta ante el espejo de mi habitación del hotel de Andorra: ¿cómo vas a envejecer tú, Charo? Una cosa es morirte de frío por no tener ni un duro y otra cosa es además llevar el frío dentro por no tener ni un afecto, ni siquiera la propia estimación. ¿Quién te quiere a ti, Pepe? ¿Te guardas autoestima?

Autoestima. El lenguaje de Charo había mejorado. Autoestima. Siempre había hablado bonito pero popular, jamás se había atrevido a pronunciar en su presencia palabras como autoestima. Sería una palabra inculcada por el Quimet ese.

—¿Quimet siente mucha autoestima?

—Se la merece. Se lo debe casi todo a sí mismo. Quimet es un hombre importante en Cataluña, de los que «hacen país», aunque casi nunca aparece en primer plano. Gracias a él pude tirar adelante y ahora vuelvo porque me ha ayudado a montar ese pequeño negocio y ya me siento segura de mí misma. ¿Puedes decir tú lo mismo de ti?

Charo pertenecía pues a dos sectas, la de la Teología de la Alimentación y la de la Teología de la Seguridad.

—¿Qué relaciones tienes con la OTAN?

—¿Qué tiene que ver la OTAN con los alimentos biológicos?

—Solo puedes sentirte segura si tienes buena relación con la OTAN.

—No te entiendo. Me parece que te quieres quedar conmigo, pero comprendo que unos minutos no compensan siete años. Solo quiero que te grabes una cosa en la cabeza: Quimet me ha ayudado y quiere ayudarte a ti.

No le dio tiempo a organizar un sarcasmo verbal, ni siquiera gestual. Charo, ligerísima, dejó una tarjeta de visita sobre la mesa, le dio la espalda y, desde la puerta, la espalda de la mujer le habló.

—Tendrás noticias mías.

Cuando Carvalho asumió que volvía a estar a solas, que tenía una tarjeta de Charo en la mano y una erección entre las piernas, de pronto el fax se puso en marcha.

Comprendo que no es responsable de lo que se dice de usted, pero no ignorará que lo han convertido en héroe social o antihéroe para más exactitud. Me sorprendió su sorpresa, pero usted debe estar acostumbrado a que le paren por la calle y le pidan un autógrafo. No me atreví a pedírselo yo y le envié a mi hijo mayor para que lo hiciera. Yo estaba muy cerca para decirle: Mira, es aquel señor, y comprendí que a usted no le gustaba la demanda, por el gesto y por la dedicatoria, en la que no decía casi nada, pero la acompañaba con una firma desmesurada. «Para complacer al cliente...», escribió. Definición. CLIENTE: respecto del que ejerce alguna profesión, persona que utiliza sus servicios. Respecto de un comerciante, comprador habitual. Me consta que no le hacen falta las definiciones, eso lo hace más lamentable, es de suponer que usted sabe lo que dice. Pues sí, estoy ofendida, el término me parece incorrecto, un cliente devuelve el género cuando no le satisface y yo, sin embargo, guardo con cariño su autógrafo, porque en cierta ocasión descubrí que Pepe Carvalho era un ser humano, que puede equivocarse y que por eso tiene, quizá, más mérito todo cuanto hace bien, muy bien, «divinamente». Y lo

comprendí a pesar de que la experiencia, lejana, que compartimos, no me pareció demasiado humana, por su parte, ¿o la falta de humanidad o de madurez debo atribuírmela yo sola?

No siempre soy yo la que está pendiente de lo que usted hace. Todos a mi alrededor, mi marido y mis dos hijos son mi alrededor fundamental, conocen la afición que le tengo, por ello frecuentemente me tienen al corriente de lo que se dice de usted, personaje del que muchos hablan y pocos conocen. Para que vea que soy generosa, le diré que no solo estoy ofendida por mí, también lo estoy por usted. No creo, en absoluto, que sea un «comerciante» (el comerciante compra para vender, El Corte Inglés, por ejemplo), ni que ser un detective privado sea una «profesión» o al menos una profesión solvente. Bueno, ya veo que he empezado a bajar la guardia, se deberá, seguro, a la «afición desordenada» que le tengo. De cualquier modo, ahora cada vez que contemplo el autógrafo y veo el tamaño de su firma me entristezco. Conmover no, conmoción sí; cuanto usted me sugiere es siempre así de exagerado.

Pienso que debo aclararle que he perseguido su dirección (electrónica, telefónica, postal...) por todas partes, por lo que cabe dentro de lo posible que, desde algún medio, le den cuenta de ello. Y todo para descubrir que usted está donde estaba cuando le conocí. No sé por qué me extrañó que usted no contase con e-mail (en la búsqueda no se libró ni Internet); en realidad, dadas sus circunstancias, era más fácil pensar que su medio de comunicación estaría más cerca del tam-tam, por lo que tiene de mágico, arcano. En fin es obvio que yo le adoro. No tiene más remedio que cargar con esa responsabilidad, le ha tocado.

MORGANA (la Bruja)

Nada más acabar la lectura no reprimió la tentación de los ojos de indagar el fax emisor, unas siglas, «SP Asociados» y un número de telefax que a Carvalho no le interesaba retener. No quería contestar. No quería intrigarse por la personalidad de la corresponsal de sí misma, ni preocuparse por la supuesta «... experiencia, lejana, que compartimos»: La Morgana legendaria de la leyenda artúrica no había sido propiamente una bruja, era una hada sin cursilerías o quizá una hada y una bruja sean el blanco y el negro de la misma transgresión. Se imaginó a la bruja vieja y gorda, cúbica, una casada frustrada y letraherida en busca de héroes de papel ya que no podía obtenerlos de carne y hueso. Al fin y al cabo la prensa había hablado alguna vez de sus investigaciones, pero entre Carvalho y Julio Iglesias habitaban millones de héroes de papel que se merecían que una vaca fofa y neurótica les enviara un fax. Se sorprendió de no querer romper el mensaje. También de meterlo en el cajón que podía cerrar con llave, como protegiéndolo de miradas indiscretas, que no podían ser otras que las de Biscuter. No quería recordar todas las experiencias compartidas con mujeres y solo las más dotadas para la fabulación y la sintaxis podían hacerse responsables de la carta.

Salió a la calle con el malhumor aplazado en un rincón de su cerebro, no tan aplazado como creía porque de vez en cuando se detenía para preguntarse: ¿Por qué estás de mala leche?, y no tardaba en responderse: La tía del fax. Con la tarjeta de Charo entre los dedos buscó el emplazamiento de su *boutique* de dietética y cosmética biótica situada en la Vila Olímpica, y Carvalho encaminó hacia allí sus pasos en un deseo de releer la ciudad, de reconciliarse con la voluntad de Barcelona de convertirse en una ciudad pasteurizada y en olor a gamba de las frituras que salían de la metástasis de los restaurantes de la Vila Olímpica. No habrá suficientes gambas en los mares de este mundo para todas las que se cocinan en Barcelona y así cambiar el aroma de pólvora, axila e ingle de la ciudad de los pecados

por el de una mezcla de ambipur de pino y gambas a la plancha. Todas las metáforas de la ciudad se habían hecho inservibles: ya no era la ciudad viuda, viuda de poder, porque lo tenía desde las instituciones autonómicas; tampoco la rosa de fuego de los anarquistas, porque la burguesía había vencido definitivamente por el procedimiento de cambiar de nombre; ahora se llamaba «sector emergente» y ¿cómo se puede poner una bomba o montar una barricada al «sector emergente»? Barcelona se había convertido en una ciudad hermosa pero sin alma, como algunas estatuas, o tal vez tenía una alma nueva que Carvalho perseguía en sus paseos hasta admitir que tal vez la edad ya no le dejaba descubrir el espíritu de los nuevos tiempos, el espíritu de lo que algunos pedantes llamaban «la posmodernidad» y que Carvalho pensaba era un tiempo tonto entre dos tiempos trágicos. Pero estaba reenamorándose de su ciudad y especialmente debía reprimir la tendencia a la satisfacción cuando bajaba por las Rambles, desembocaba en el puerto y al borde del Moll de la Fusta comenzaba un recorrido junto al mar en busca de la Barceloneta y la Vila Olímpica. A pesar de las nuevas construcciones de centros comerciales y lúdicos, el mar le pertenecía, por fin se integraba como uno de los cuatro elementos de la ciudad: Gaudí, las gambas a la plancha, la torre de comunicaciones de un tal Foster que tenía avión privado y estaba casado con una sexóloga española y el mar. Quimet había ubicado el negocio de Charo en una de las naves mal comercializadas del centro de negocios del Port Nou, a la sombra de la Torre de les Arts. Estaban acabando las obras de acondicionamiento y permaneció a una prudente distancia para observar cómo se movía Charo entre ebanistas y electricistas, con unos planos en una mano, la otra sobre la osamenta de la cadera izquierda de unos pantalones tejanos muy bien llenos. Por un instante la edad de Charo le pasó por el centro del cerebro como un rótulo en movimiento, pero se negó a leerlo. Seguía teniendo silueta de muchacha aunque

se le había redondeado la cara y era evidente el teñido de sus cabellos blancos, transmutados en el caoba de moda en muchas cabezas femeninas. En las playas cercanas que crecían a su izquierda hacia la escollera, las playas de su infancia, y hacia el Maresme a su derecha, la Copacabana barcelonesa heredada de los Juegos Olímpicos, los cuerpos consumían Mediterráneo y sol gratis, y entre esos cuerpos evocaba la silueta grácil de la Charo que había conocido, para convenir que la actual Charo llenaría más los biquinis, más y bien, y sería necesario acercarse mucho a ella para verle el tango o el bolero de una vida en el rostro. No quería ser sorprendido en su condición de *voyeur*, pero cuando dio la vuelta se topó con un hombre delgadito, de reducidas proporciones, canoso, super-vestido, encarnación de lo pulcro, que olía demasiado bien y le miraba con ojos excesivamente perspicaces.

—¿Carvalho, supongo?

Original el hombre, pensó, pero no se entregó a su curiosidad, incluso dio un paso atrás para aumentar la distancia hacia la mano que se le tendía.

—Joaquim Rigalt i Mataplana, aunque Charo le habrá hablado de mí como Quimet.

Se lo imaginaba más alto, más gordo, más anodino, más obvio, pero tuvo que darle la mano mientras le estudiaba.

—¿Ha quedado citado con Charo?

—No exactamente.

—Pero es una magnífica oportunidad de que nos veamos los tres.

Iba a poner reparos pero Charo los había visto y corría hacia ellos con la sonrisa franca, aunque los ojos ya estaban estudiando el continente de Carvalho y le pedían por favor que la ayudara. Besó en la mejilla a Carvalho, le dio la mano a Quimet, mientras miraba a derecha e izquierda por si su gesto era observado. Retuvo Carvalho la gestual prudencia de la mujer y se dejó llevar hasta el Port Nou para tomar una copa en una coctelería que olía a gamba como